



El Credo del Competidor

Soy cristiano en primera y última instancia. Soy creado a la semejanza de Dios Todopoderoso para darle la gloria a él. Soy miembro del equipo de Jesucristo. Llevo puesto los colores de la cruz.

Soy un competidor ahora y para siempre. He sido creado para luchar, esforzarme, superar y triunfar en el campo de la competencia. Soy un competidor cristiano y como tal enfrento a mi contendiente con la cara de Cristo.

No confío en mí mismo. No hago alarde de mis habilidades ni creo en mi propia fuerza. Confío plenamente en el poder de Dios. Compito para el deleite de mi Padre celestial, el honor de Jesucristo y la reputación del Espíritu Santo.

Mi actitud fuera y dentro de la cancha está por encima del reproche —mi conducta va más allá de la crítica. Sea que me esté preparando, practicando o jugando; me someto a la autoridad de Dios y a la de aquellos que él ha puesto sobre mí. Respeto a mis entrenadores, administradores, compañeros de equipo y competidores por respeto al Señor.

Mi cuerpo es el templo de Jesucristo. Lo protejo interior y exteriormente. Nada entra en mi cuerpo que no honre al Dios viviente. Mi sudor es una ofrenda a mi Maestro. Mi cuerpo adolorido es un sacrificio a mi Salvador.

Lo doy todo, todo el tiempo. No me doy por vencido. No me rindo. No cedo. Soy el guerrero del Señor: un competidor con convicción y discípulo de la determinación. Confío más allá de la razón porque mi confianza yace en Jesucristo. Los resultados de mis esfuerzos deben, por consiguiente, ser para su gloria.

Que empiece la competencia. Y que la Gloria sea para Dios.
Para firmar el credo, diríjase a www.fca.org